

# ANDRÉS BELLO

## *El filósofo de la sensatez*

*Su sano eclecticismo pudo concordar  
las opuestas doctrinas de sus maestros*

Por Eduardo ZEPEDA-HENRIQUEZ

(De la Academia Nicaragüense de la Lengua)

DON Andrés Bello perteneció a la raza de los humanistas de las grandes épocas, porque su obra es una rosa de los vientos de la sabiduría. Poeta en quien la naturaleza americana se hizo carne en español por vez primera; legislador del pueblo y de la lengua; pedagogo de nacimiento y varón justo de profesión; apóstol de la física experimental, y agudo psicólogo que se nutría siempre del contacto con la tierra firme de la realidad. Su estilo en prosa no tiene luz propia, pero sí claridad; no es cincelado, pero resulta ejemplar porque es didáctico. Es el estilo del hombre que armonizaba en su espíritu la cultura caudalosa y la vocación de lo positivo.

Bello fue filósofo de la sensatez, y en este sentido merece estudiarse su «Filosofía del Entendimiento», que es un tratado de psicología racional, pero con atisbos de las psicologías especializadas de hoy, principalmente la evolutiva y la diferencial. Y estamos ante un recorrido de lo menos explorado en los dominios de Bello: su pensamiento filosófico, que incluye la fe religiosa en el plano de una «razón práctica» renovada. Bello, en filosofía, fue poco sistemático. Por ello, lo importante es saber situarse ante sus ideas, sin esperar allí «caza mayor» o alturas metafísicas; pero atrapando todas aquellas intuiciones, esquivas como liebres, por las cuales don Andrés Bello se vuelve nuestro coetáneo.

Bello empieza definiendo la filosofía, y esa definición nos da el alcance de su propio vuelo. Filosofía —dice— es «el conocimiento del espíritu humano y la acertada dirección de sus actos». Se trata de una idea articulada en dos piezas: una que se refiere al estudio del alma misma, y otra relativa a la conducta. Psicología y Ética son los polos filosóficos de don Andrés Bello, porque su propia Lógica es un lenguaje de la «praxis», y su metodología, presa de la introspección, dejó al autor a medio camino. De aquí que Bello fijara su atención en dos facultades humanas: el entendimiento y la voluntad; pero no para escudriñar la naturaleza de las mismas, sino para describir sus operaciones. Esa actitud suya resulta moderna, aunque el intelectualismo de la época le hiciera mutilar el campo psicológico, al eludir el análisis de los sentimientos. Y el maestro de Venezuela delimitó en los términos siguientes su concepto de entendimiento o razón: es «la facultad de concebir relaciones»; definición que libró a Bello del sensualismo y,

a la vez, le acercó a la idea de la razón «relacional» de nuestros días.

Aquí también habla don Andrés Bello de las percepciones, que él divide en intuitivas, sensitivas y de relación, apuntando que las últimas revelan el dinamismo creador del espíritu. «En todo juicio concebimos una relación», precisa el mismo Bello. Y esa idea del espíritu «que crea» está enfrentada a la de la materia, porque el sabio venezolano, aunque trate indistintamente de «alma» y «espíritu», sin trascender totalmente lo biológico, proclama la actividad espiritual como actividad productora de algo superior. A su vez, las percepciones intuitivas son aquellas en que el espíritu se percibe a sí mismo, en que tiene conciencia de sus modificaciones; mientras que a las percepciones sensitivas, verdaderos calidoscopios del mundo en torno, les debemos la captura de lo objetivo. Bello considera el tacto como el sentido primordial, acaso por ser el único capaz de abrazar, literalmente, al objeto, y a pesar de ser la vista y el oído los solos sentidos conductores de la belleza. Y el siguiente grado corresponde a la vista, por sus funciones táctiles, es decir, como sentido significativo del tacto.

### FILOSOFÍA DEL LENGUAJE, TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

Tratando siempre de la percepción, Bello nos abre su teoría del conocimiento, la cual nació de un roce con la Escuela Escocesa y, por lo mismo, de su contacto. Porque Bello se opuso a Thomas Reid, sosteniendo la hipótesis del conocimiento representativo, que, en una u otra forma, viene de los «ídolos» y «fantasmas» del antiguo empirismo griego y de la interpretación escolástica del «nous patético» y el «nous poético» de Aristóteles. Pero, a la vez, don Andrés Bello participaba de la tendencia fenomenológica de los escoceses y creía, como ellos, en la unidad del testimonio de conciencia, ya purificado por las leyes hamiltonianas de «parsimonia» o exclusión de cuanto nuestro espíritu debe a los puros hábitos; de «integridad» o aceptación plena de los hechos por la conciencia certificados, y de «armonía» o sola legitimidad de aquello de que da fe la misma conciencia. Así el sabio venezolano disientía únicamente de la doctrina del conocimiento «inmediato», que no toma la idea como representación, sino como modificación del entendimiento; doctrina por

la cual, sin querer dar razón inútilmente del modo en que se efectúa el conocimiento ni de la comunicación del sujeto y el objeto, nos concretamos a distinguir uno de otro, afirmando el hecho de entender, como lo que la conciencia testifica, es decir, que cualquier «representación del mundo exterior —con palabras de William Hamilton, en sus *Lectures*— supone este mundo directamente conocido».

La vinculación de la gramática general con aquella disciplina filosófica que el siglo XIX llamó «ideología», sirvió al pensador de Venezuela para exponer su filosofía del lenguaje junto con su teoría del conocimiento. Partiendo de la «idea», concebida como signo o «re-presentación» de los objetos sensibles y espirituales, como percepción recordada, Bello nos lleva a través de un moderado empirismo que denuncia a sus maestros inmediatos. Porque, para él, las ideas no son conocimiento, sino las propias cosas en tanto que son percibidas, al modo berkeleyano. No niega, sin embargo, las ideas generales, que coloca en primer término de una clasificación a la cual pertenecen asimismo las negativas —como la nada y el infinito— y las denominadas «ideas-signos», esto es, aquellas que en el espíritu hacen las veces de otras que no podemos formar. Y, anticipándose a Bergson, Bello aplica a las ideas generales su tesis cualitativa de la relación de semejanza; cualidad en la que consiste la conciencia, y que no puede reducirse a lo cuantitativo y espacial, porque la memoria —la temporalidad— es lo que unifica la misma conciencia.

En cuanto a la asociación de las ideas, don Andrés Bello excluye las de contraste, y llama de «coexistencia» a las de contigüidad. A su juicio, el lenguaje es el ejemplo más eminente de esas leyes de asociación; y sus ideas al respecto tienen verdadero carácter fenomenológico. Bello es quien dice que la causalidad exige la sucesión y semejanza de los fenómenos, salvándose del sensualismo a fuerza de dar categoría intelectual a la pura sucesión. Pero ese carácter descriptivo de su pensamiento le condujo a una especie de nominalismo en materia de lenguaje; y así afirma que «los nombres son signos» y que la naturaleza «sugirió el arbitrio de dar un mismo nombre a los objetos semejantes». Prima en esta doctrina el aspecto psicológico; y el signo de que habla Bello es una señal verbal, pero no un principio de conocimiento. Ese signo

tiene una función indicativa o, cuando más, expresiva; pero nunca una función significativa, que es lo que le daría sentido a la simple expresión. Estamos, pues, ante un signo que no «crea su creación», que es una representación de realidades y no una realidad.

## PSICOLOGISMO Y FENOMENISMO EN SU PENSAMIENTO

Los únicos temas rigurosamente metafísicos en la obra de Bello, y que él apenas rozó desde ese ángulo, son el de la causa, el de la sustancia y el del tiempo, porque su pensamiento oscilaba entre psicologismos y fenomenismo. La relación causal no es una simple relación, como quiso Bello. Si algo tiene la posibilidad de originar otras cosas, lo debe más al hecho de ser sustancia que al del ser causa. Porque ser sustancia es ser principio de las transformaciones propias y de las demás sustancias; es decir, que debemos concebir toda causa como un modo de revelarse la sustancia en cuanto tal. Pero sólo en cierto sentido la causa es un «principio», y ambos no se identifican. Este último produce algo de una manera general, mientras que lo causal obra positiva y específicamente: actúa. Por tanto, el efecto no es una pura consecuencia, sino que proviene «necesariamente» de la causa; necesidad que Bello no consideró, debido a que su noción de causa no nacía de lo ontológico. El empirismo de don Andrés Bello desconoció el carácter universal de las causas, reduciéndolas casi a antecedentes fenomenológicos, a condiciones reales, tanto positivas como negativas. No obstante, Bello admitía la causa primera, como hombre de «buena fe», y sus palabras son terminantes: «La primera causa lleva en sí misma su necesidad, su razón suficiente; sin eso no sería primera. En otros términos, ha existido por sí misma con una existencia independiente, necesaria de necesidad absoluta.»

En lo que a la sustancia se refiere, el polígrafo venezolano se echó en brazos de un idealismo escéptico. Bello negaba la sustancia, metafísicamente hablando, como sustrato o soporte de los accidentes, es decir, que ese «supuesto» no era para él sino una «suposición» aristotélica. Sin embargo, lo admitía como «sustancia pensante»; y así leemos, en su *Filosofía del Entendimiento*, lo que sigue: «Propiamente no percibimos otra sustancia que la del yo individual, y ésta nos sirve de tipo para representarnos la que por una instintiva e irresistible analogía atribuimos al psicologismo cerrado, en el cual no cabe aquel sentido de permanencia que le dieron los griegos. Porque, entre los griegos, el llamado tiempo psicológico mismo es una realidad que se vive, una realidad azorante que participa de una "presencia", y por eso "es". La mente de Bello rechazaba la noción ontológica

y trascendental del tiempo, incluso en la concepción aristotélica de «medida del movimiento», y, por lo mismo, también su relación con la idea de «eternidad», en griego y en cristiano. Bello, además, temporalizó la noción de espacio, como se ha hecho modernamente: «La antigua Mitología —escribe— pudo haber figurado este concepto, haciendo al espacio hijo del tiempo.» Y lo explica añadiendo que sólo se puede concebir el espacio por medio de extraposiciones o sucesiones. Desde luego, hay que concederle a Bello cierta dosis de originalidad; pero, en definitiva, se trata del pensamiento de Leibnitz, para quien el tiempo es «un orden de sucesiones», así como el espacio es un orden de coexistencias.

## BELLO MAS MODERNO QUE BALMES

Bello quiso coronar su psicología con un Apéndice sobre uno de los problemas que tradicionalmente inquietaron a los estudiosos de la psicología comparada: el del alma de los brutos. Y en esto resulta el pensamiento de Bello más moderno que el de Balmes, su contemporáneo. La inmaterialidad del alma de los brutos fue siempre sostenida por los escolásticos; pero su intento de explicar las operaciones de la misma por el «instinto», es uno de los fantasmas de la Escuela. Don Andrés Bello lo advierte sin rodeos: «Del instinto con que se ha pretendido explicar la inteligencia de los animales, se tienen ideas tan vagas y oscuras que creemos necesario fijarlas.» Y añade: «Lo que se llama instinto es una forma particular de la inteligencia.» El pensador venezolano no sustituyó la doctrina del instinto por la del automatismo de las bestias, como Gómez Pereira y Descartes, sino que, convencido de la inutilidad de introducir una nueva facultad denominada «instinto», optó por aclarar la naturaleza y las propiedades de éste, expresando —dentro de la genealogía de Luis Vives y de Francisco Vallés— que los brutos poseen estimativa, diversa de la humana en grados y en esencia. «Los brutos —dice literalmente Bello— tienen incontestablemente una especie de inteligencia.» Y vale advertir que Descartes tomó de la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira, la tesis de automatismo, reproduciendo en la quinta parte de su «Discurso del Método» hasta los argumentos del filósofo español.

En cambio, Jaime Balmes, en su *Filosofía Fundamental*, declaró que ignoraba en qué consistía el alma de los animales y, sin embargo, creyó en el instinto. He aquí sus palabras: «el alma de los brutos es un ser simple dotado de la facultad de sentir y de instintos y apetitos en el orden sensible». Balmes agrega que «esa alma perecerá por aniquilación, al no ser otros seres inteligentes y sensibles».

Don Andrés Bello negó, pues, la sustancialidad de la materia, ya que sólo consideraba en ésta «lo percibido», estando a punto de negar también la existencia de la materia misma, disuelta en puros fenómenos. Por el contrario, la idea de sustancia significa, de algún modo, «subsistencia», esto es, lo que permanece, lo mismo en lo material que en lo incorpóreo. Y Bello puso en la Sustancia Divina, a manera de leyes generales, los modos de la causa material. El fue quien expresó que «la idea de sustancialidad en los cuerpos no es hasta aquí otra cosa que la idea de causalidad», añadiendo: «Pero este poder que causa la sensación existe necesariamente en algo real. ¿Nos figuramos esta identidad real en lo que llamamos materia? ¿O la colocaremos en el Grande Espíritu, Creador y Conservador?»

## LA DOCTRINA DE BELLO EN LA LINEA DE LEIBNITZ

Finalmente, la doctrina del tiempo en Bello desciende en línea recta de Leibnitz y de Kant, porque el tiempo, según él, es la duración misma, entendida como algo común a los entes que coexisten en el universo, pero sin pertenecer exclusivamente a ninguno. Bello concibe, pues, el tiempo como «temporalidad». Pero la «duración» de que trata el maestro venezolano no es una duración «real», porque no considera el tiempo como una cosa en sí, y, por el contrario, lo considera como obra de la imaginación, o acaso como una forma de intuición «a priori», que decía Kant. El tiempo en Bello obedece a un material ni espiritual: «no sería contrario a la sana filosofía —escribe— el sostener que las almas de los brutos se reducen a la nada». Pero don Andrés Bello, entendimiento positivo a la inglesa, no creía en sombras, y por ello recurrió a lo que la experiencia le testimoniaba, como en el ejemplo suyo que sigue: «El perro bastaría para probar que los fenómenos de la inteligencia de los brutos no pueden explicarse por la mera sensibilidad...»

Bello no tuvo ocasión de exponer sus doctrinas éticas; pero, seguramente, su buen sentido habría superado la atmósfera utilitaria en que le tocó vivir, así como su sano eclecticismo pudo concordar, en suprema síntesis, las opuestas filosofías de sus maestros inmediatos. Pero Bello no era un simple expositor de ideas ajenas, sino un pensador independiente cuyo estudio de la conciencia no tiene paralelo en Hispanoamérica. Y si, como metafísico, se quedó sólo a las puertas de la filosofía; también es cierto que inauguró entre nosotros la literatura filosófica. El, pues, se anticipó al pensamiento hispanoamericano de hoy, y al más riguroso; pero no lo hizo como quien da los primeros pasos, sino como auténtico «pre-cursor», es decir, el que corre delante.—■